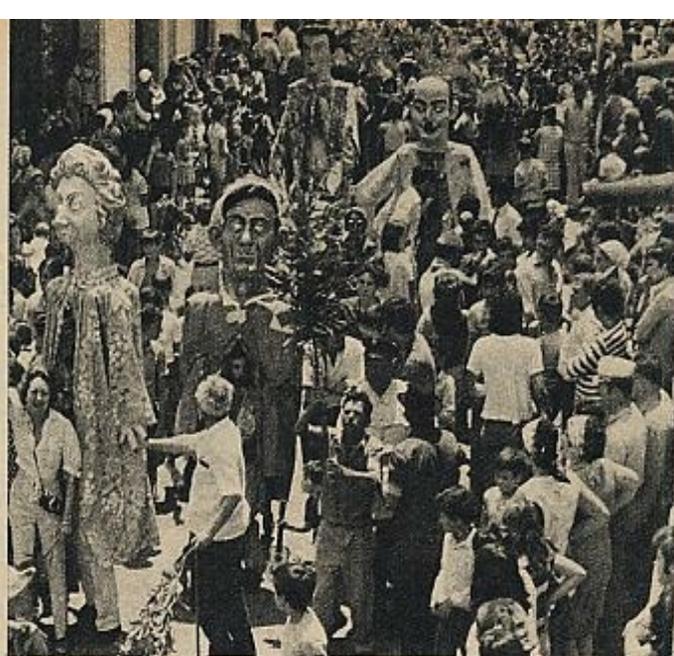


USTED QUE TANTO
 ECHA DE MENOS LOS
 PIJOS VERDES DE
 ANTAÑO Y LOS QUE
 VENDRAN, LEA ESTA
 SEMANA EN LAS
 PAGINAS CENTRALES
 de HERMANO LOBO
 LOS INOLVIDABLES
 "COLMOS", LOS "EN
 QUE SE PARECE",
 "ERA TAN, TAN..."
 Y LOS "NO ES LO
 MISMO" QUE TAN
 FELIZ HICIERON
 SU POST-INFANCIA.
 VIVA UNOS
 MOMENTOS CAMP.
 RETRO-KITSCH-
 VERANIEGOS.
 FELICES CON
 SU SEÑORA
 O SIMILARES

Y, ADE-
 MAS, POR
 EL MISMO
 PRECIO, ETCETERA



CANARIAS

«La Rama»: «happening» y plegaria

«La Rama», el baile de La Rama, es una de las escasísimas muestras vivas de la presencia de los aborígenes canarios. Una tradición y un ritual con sabor de milenios: Los antiguos grancanarios «adoraban a un dios —Alorac— alzando las manos juntas al cielo; cuando faltaban los temporales, iban en procesión con varas en las manos, y las magadas con vasos de leche y manteca, y ramos de palmas. Iban a estas montañas y allí derramaban la manteca y leche, y hacían danzas y bailes, y cantaban endechas en torno de un peñasco, y de allí iban a la mar y daban con las varas en el agua, dando todos juntos un gran grito», escribe el historiador fray Juan de Abreu Galindo, en 1632.

Cuando comienza agosto se baila La Rama por las calles de Agaete, al borde del Puerto de las Nieves. Como los primitivos habitantes de la isla, ese día señalado los isleños de hoy arrancan algunos ramajes en el cercano pinar de Tamadaba, y al estentóreo son de varias bandas musicales, pasadobles y pasacalles, beben, giran y se mueven apolotonadamente junto al océano rememorando aquel rito propiciador de la fecundidad y en súplica de la lluvia, escaso e imprescindible maná de estas tierras áridas.

Desaparecidas aquellas fiestas, extinguidos sus ritos como consecuencia de la hispanización, fue preciso que pasaran muchos siglos para rescatar tal costumbre, ya cristianizada, porque ahora aquella ceremonia —que, como todas las propiciadoras de la fecundidad, pudo estar marcada por algún intercambio sexual entre los que acompañaban la comitiva— tiene una fecha fija: la víspera de la fiesta patronal de Agaete.

Durante muchos años se bailó La Rama con un sentido mítico, «por promesa», en atención a una gracia recibida del cielo en momentos de apuros, al son de un tambor y unos pasacalles triviales. Sólo los moradores del lugar ejecutaban tal acto, poniendo en ello entusiasmo y un frenesí librador.

Pronto «aquello» tuvo su propio código: surgieron los «pagüevos», figuras más o menos representativas —como La Papúa, mujer de gran voluminosidad— de los propios danzarines y de los personajes del pueblo.

Ultimamente, La Rama se ha degenerado enormemente, invadida por las músicas ramplonas, los pasadobles choteados y el «Viva España».

Cuando renació la fiesta lo fue por iniciativa de algunos ilustrados amantes de su origen y respetuosos con aquella raza que nunca ha podido ser desentrañada. Entonces La Rama conservó el sentido pagano y ritual de sus orígenes. No fue difícil reconstruirla. El pueblo intuyó la ceremonia y la revivió. La Rama, en efecto, recuerda que antes de la llegada castellana y la conquista del archipiélago, en el siglo XV, la sequía era una enfermedad frecuente en las islas, el agua era —como hoy— un problema fundamentalísimo.

Agaete, en la costa noroccidental de Gran Canaria, casi a «tiro de piedra» de la costa tinerfeña, es un curioso rincón de la geografía insular. El pueblo, un recimo de casas blanqueadas a la orilla del mar, vive en un valle de vitalidad tropical, entre pinares, cafetales, eucaliptos, mangos... Cerca de la playa, el «dedo de Dios», superviviente de la erosión marina, señala a lo alto y marca seguramente el lugar hasta donde se acercaban los primeros canarios en su procesión suplicante. El aislamiento geográfico y humano ha proporcionado ejemplos de alto interés: de aquí son Tomás Morales y Alonso Quesada, Chano Sosa y el pintor Pepe Dámaso.

Las «tibisenas» eran —según Abreu Galindo— las apariciones del demonio a los aborígenes en distintas formas. Dice el fraile que los grancanarios «tenían por gentileza hacer apuestas de hincar y poner palos y vigas en partes y riscos que da admiración y temor ver el lugar, así por la altura como por la fragosidad».

Y que muchas veces, «el que con estos canarios hacía semejantes apuestas era el demonio para hacerlos despeñar; el cual se les aparecía muchas veces de noche y de día como grandes perros lanudos, y en otras figuras, a las cuales llamaban tibisenas». El barranco de las Chobisenas aún existe en Agaete: es fama que al atardecer el diablo se aparece por el lugar, por lo que conviene atravesarlo corriendo y persiguiéndose. ■ LUIS LEON BARRETO.